

CARA POR IGNACIO AGUSTI Y CRUZ

las prendas de la mujer

HACIA Balzac una curiosa observación sobre la mujer. Decía que ella es un ser que siempre está muriendo. "Si la amas, se muere; si no la amas, también". Balzac era un hombre que conocía bien a las mujeres, y su frase respecto a ellas ha de ser interpretada como una síntesis de lo que ellas son: unos seres dolientes, a veces quejumbrosos, que buscan afanosamente eso que llaman la felicidad en el amor de un hombre. Pero no hay duda de que el concepto de mujer ha cambiado desde los tiempos de Balzac hasta hoy. Buscando la esencia de una heroína un poco posterior a Balzac, la Dama de las Camelias, que fue sin duda el ideal femenino de su tiempo, y comparándola con los ideales de hoy, podemos medir en toda su dimensión la distancia que la mujer ha recorrido respecto a sus propios modos de vida e incluso a los propios modos de su muerte. De la Dama de las Camelias a la última heroína de James Bond media un abismo. Aquella, carcomida por la tuberculosis, desgranaba en palabras cálidas su amor, en una lenta agonía. Estas pasan de la vida a la muerte sin un parpadeo de nadie, ni siquiera de ellas mismas, que parecen considerar el hecho de morir como un gaje del oficio. El amante de la Dama de las Camelias presidía la lentísima agonía de la mujer con una melopea de requiebros y de protestas de amor. La amiga de James Bond, en cambio, no suscita el menor lamento de parte de su amigo, con el que vive, y que debiera lógicamente considerar su muerte por lo menos con un breve dolor. Pero no hay para ella, de parte del superhombre, el más leve homenaje funeral.

Nadie desmiente con ello, un siglo después de pronunciada, la observación de Balzac: la mujer muere siempre. Lo que pudiéramos apuntar es que si, antes, el ideal de la muerte de la mujer era la tuberculosis, el ideal de hoy sea el pistolazo. Si los ideales de antes eran el idilio y el amor, el ideal de hoy sea tal vez, a juzgar por los prototipos de James Bond, la indiferencia y la imparitabilidad. Han bastado tres cuartos de siglo para transformar a la mujer, que era un ser doliente y una gaita gallega de sutiles suspiros y modulaciones, en un maniquí o un robot sin sentimiento alguno, e incapaz igualmente de suscitarlos, por lo menos en el esquema ideal que constituyen las heroínas de las películas de James Bond.

No sabemos si las mujeres de hoy se sentirán fielmente representadas por esas rubias radiantes, por esas panteras vitales y saludables a la hora de cuya muerte, sin embargo, no se produce en el aire el menor lamento ni cruza ninguna mejilla lágrima alguna. Lo que sí es cierto es que hasta el momento ninguna de ellas se ha sentido aludida por la creciente mixtificación y que muchas de las cosas que con ellas hacen los modistas y los peluqueros, lejos de destruir la imagen creada, apoyan sobre ella y en su favor las realizaciones de cada una de las artes respectivas. De ello sacaríamos fácilmente la conclusión de que la mujer se acomoda fácilmente a la idea de no ser compadecida ni llorada. Pero quizá no sea todavía el punto de llegar a esta conclusión.

Parece como si existiera no sólo en la mujer, sino en todos aquellos destinados a ataviarla y darle una figura, una suprema indecisión sobre el camino que hay que tomar con ella. Las modas eran hasta ahora versátiles y mudaban con facilidad; pero no había discusiones sobre el sentido que debía tomar la línea de la moda. La falda era larga o corta, pero era una sola para todas. Puestos, sin embargo, a buscar un arquetipo de mujer digna de los tiempos actuales, digna de las mudanzas sociales, de las nue-

vas exigencias del hombre dinámico o científico, los pareceres son diversos y los modistas se encuentran con dificultad para acabar de moldear una escultura cuyas líneas iniciales parecían muy seguras.

¿Será la figura de la mujer como la ha diseñado Cristóbal Balenciaga, nuestro compatriota, en la reciente exhibición de sus modelos en París? Balenciaga ha sido partidario de la sobriedad; la falda de la mujer va todavía por debajo de las rodillas. No se aparta, por decirlo así, de los moldes clásicos o conservadores de la moda femenina. Pero Yves Saint-Laurent, en cambio, ha exhibido unos modelos que muestran sin rebozo el seno femenino por debajo del transparente vestido y ha establecido, en un traje de novia, un difícil maridaje entre el mono-bikini y el tul de desposada.

La mujer mimada, la mujer compadecida, dirigida hace un siglo por el estro paternal de un marido, era el equivalente del barroco en la arquitectura. La elaboración de una mujer de aquel estilo tenía algo de arte suntuaria. Sus sentimientos constituían una gama de arabescos, como sus vestidos. La pompa de las sedas y de las telas, interiores y exteriores, era equivalente a los racimos o curvaturas de piedras y retablos. Pero la simplificación absoluta de sentimientos en la mujer, ¿no exigirá también una simplificación total de sus ropas? La mayoría de los hombres consideran que lo más bello de la mujer es la mujer misma, siempre que en ella concurren las virtudes físicas de la juventud y de la joie de vivre. ¿Por qué, pues, se preguntará tal vez Yves Saint-Laurent, mixtificar o disimular con velos de pudor semejante tesoro? De ahí —y del requerimiento de elaborar una mujer nueva— la insistencia de algunos modistas en descubrir parcelas del cuerpo femenino que pueden constituir una especie de autodefensa de la mujer, en el momento en que sus sentimientos femeninos clásicos y los del hombre se van evaporando.

La indecisión no es sólo de los modistas. Tampoco los jueces se ponen de acuerdo sobre este particular. El Tribunal de Casación de París acaba de ratificar una sentencia del Tribunal de Apelación de Aix-en-Provence, relativa a la exhibición que hizo una tal mademoiselle Claudine Durand, profesora de gimnasia, la cual el verano pasado jugó en la Costa Azul un partido de ping-pong en una piscina pública luciendo un mono-bikini. Más que condenar a la infractora, el Tribunal de Casación de París ha condenado a la prenda que ella usaba que, según dice la sentencia, "es insuficiente para vestir a una mujer". Pero lo cierto es que las mujeres —algunas de ellas—, los jueces —algunos de ellos— y bastantes modistas aceptan sin sonrojo el hecho de que la mujer pueda llegar a vestir con lo que Dios la hizo y que a este paso podemos llegar a ver la victoria de la heroína de James Bond sobre la Dama de las Camelias, y del estilo funcional sobre el barroco.

Resulta, pues, que esta sorda batalla se reproduce en todos los campos, desde la modistería hasta el derecho, desde el arte hasta la calle. Sin pretender sentar plaza de moralistas, a nosotros nos parece que en este asunto es mejor que las cosas vayan por su propio pie, ya que en la moda es lícito sólo aquello que no pueda sorprender demasiado a nadie. Ver a una señorita en mono-bikini, de momento nos produciría a nosotros el mismo sobresalto que ver a una mujer con barbas. Pero ya llegará, tal vez. Los impulsos por destruir de un golpe las normas existentes en la sociedad, nos parecen a nosotros tan difíciles de practicar con relación a una pieza de tela como con relación a cualquiera otro de los aspectos de la vida urbana, de la sociología o de la moral. Antes de que los manes de Ursula Andress hagan un estrago definitivo, aún lloraremos durante cierto tiempo a las damas como se lloró en otra hora a la Dama de las Camelias.